

FOTOGRAMA *

POR HUGO ABRAHAM WIRTH

* Obra escrita durante el periodo de beca de la Fundación para las Letras
Mexicanas

Roberto: Seis personas muertas fue el saldo del choque entre un autobús de pasajeros de la ruta 27 y un auto particular a la altura del kilómetro 32 de la carretera federal México-Pachuca...

Mariana: Pon atención, Francisco. Te digo que pongas atención.

Francisco: A mí no me gusta escuchar esas cosas.

Roberto: Las autoridades señalan el choque fue provocado por el auto particular cuando invadió el carril contrario...

Mariana: No puede ser. Son unos mentirosos, Alfredo nunca hacía eso, siempre manejaba tranquilo.

Roberto: ¿Me dejas terminar?

Francisco: Voy a salir un momento, necesito aire.

Mariana: No vas a ningún lado.

Roberto: El chofer del autobús perdió el control de la unidad al tratar de esquivarlo y chocó de frente con el automóvil Astra placas 745 XKL.

Francisco: Por fin, si trató de esquivarlo, ¿cómo es posible que haya chocado de frente?

Roberto: Debido a la fuerza del impacto, los tres tripulantes del coche particular murieron al instante y fue necesario utilizar equipo especial para sacar los cadáveres identificados como Josefina Martínez Alba, Samuel Salgado Martínez y Alfredo Salgado Casas.

Mariana: Ya es suficiente.

Francisco: Por ahí.

Roberto: Los pasajeros del camión con placas 475GB9 venían de una excursión y se dirigían a la ciudad de México. Desafortunadamente tres de ellos perdieron la vida y veinte más resultaron lesionados.

Mariana: Dije que te callaras.

Roberto: Tu fuiste la que empezó con todo esto.

Mariana: Pero ahora digo que te calles. Respeta lo que sentimos.

Roberto: Me llamaste ayer a las 3 de la mañana. Roberto, ¿compraste el periódico de ayer. Sí, sí lo compré. ¿Sale lo de mis papás en la portada? Sí, Mariana, pero no creo que sea bueno... No me importa, quiero verlo. ¿Puedes llevarlo mañana?

Mariana: Es todo, sólo quería saber qué decían.

Roberto: ¿Para qué? ¿Eres masoquista?

Mariana: Ayer lo vi en el puesto de periódicos que está a una calle del velatorio. El cuerpo destrozado de Alfredo entre fierros retorcidos. No sentí nada. Hasta quise comprarlo como si fuera cualquier otro desconocido del que aparece la mejor imagen de su cadáver en la portada. Siempre que veo algo así me digo, "pobre tipo, esta vez le tocó a él y no a mí, ni a mis hermanos, ni a mis padres". Pero esta vez había alguien que conocía y quise comprarlo. ¿Estoy loca?

Francisco: Yo no sé qué decirte. Lo que menos me importa es saber lo que dicen los periódicos.

Roberto: Si quieres, se los dejo.

Mariana: No. Llévatelo.

Roberto: ¿Estás segura?

Francisco: Gracias.

Alfredo: Voy a poner la carne sobre la mesa. No quiero que la toquen ni tú, ni tus hijos. Voy a prepararla como a mí me gusta.

Francisco: ¿Cómo?

Alfredo: Con mucha pimienta, mucha mantequilla y hierbas. Tú vas a comer lo que prepare tu madre.

Francisco: A mí también me gusta cómo preparas la carne. No seas gacho, dame un pedacito.

Alfredo: No, porque entonces tendré que darle carne a todos.

Francisco: A mi mamá ni a Mariana les gusta. Sólo tendrías que darme a mí y a Samuel, si quiere.

Alfredo: Lo pensaré entonces. Pero ahora no molestes. Dile a tu madre que me traiga lo que le pedí.

Francisco sale. Alfredo abre el paquete con la carne, extiende los filetes sobre la mesa, los observa. Empieza a llorar.

Fausto: Voy a pedirle que se calme. Relájese y observe a la cámara. Necesito que se vea lo más natural. Sonría. Tiene que olvidar que está frente a una cámara. Haga de cuenta que está solo en su habitación, en silencio, completamente tranquilo, sin ninguna preocupación. Y recurra a un buen recuerdo, concéntrese en un momento feliz en su vida. Puede ser cualquier cosa, un buen partido de fútbol, el nacimiento de alguno de sus hijos... Si no tiene hijos, puede pensar en la primera vez que besó a una mujer, yo qué sé, cualquier cosa. Hágalo y olvide que está frente a una cámara. Bien, así. No se mueva. Listo. Ahora volteé hacia la cámara y cierre los ojos. Sí, cierre los ojos por favor y respire profundo. Manténgase tranquilo y no olvide mantener los ojos cerrados hasta que yo le diga. Baje un poco el rostro... un poco menos... así. Ahora relaje los hombros y vuelva a respirar profundo. Retenga la

respiración un poco... No respire. Cierre los ojos, por favor. Es solo un momento. Así... así.

Roberto: ¿Qué pasa?

Mariana: Baja la voz.

Roberto: Estaba trabajando.

Mariana: Lo sé. No te voy a quitar mucho tiempo. ¿Trajiste el periódico?

Roberto: Sí.

Mariana: Dámelo.

Roberto: ¿Para qué lo quieres?

Mariana: Necesito que me lo dejes. Es importante. Pero no quiero que le comentes nada a Francisco, ya sabes que se pone mal.

Roberto: Creo que no es buena idea. Tú sabes que no es agradable...

Mariana: Ya lo sé. Sólo quiero saber quién tomó las fotos.

Roberto: ¿Piensas demandarlo? Sería buena idea pero esos tipos están muy protegidos, no creo que...

Mariana: Dámelo, por favor.

Mariana toma el periódico ansiosa, busca una página.

Roberto: Está en la página 25.

Mariana: ¿Cuántas veces lo has visto?

Roberto: Pocas, tres o cuatro.

Mariana: ¿Y tú qué sientes?

Roberto: Raro. Importa poco lo que yo sienta.

Mariana: Aquí está. *(Pausa.)* ¿No me vas a decir qué sientes? ¿No lo vas a hacer?

Roberto: No sé, carajo. Ni siquiera puedo reconocerlos, son sólo bultos de carne y sangre.

Mariana: Gracias. Puedes irte.

Alfredo: Tu madre está llorando, Samuel. ¿Por qué haces esto?

Samuel: No te acerques.

Alfredo: Toma, cúbrete. Deja de comportarte así.

Samuel: ¿Te avergüenzo? ¿No te gusta mi cuerpo?

Alfredo: Yo no soy de esas ideas, hijo. A tu madre y a mí no nos parece normal lo que haces. No podemos entender lo que te pasa. Pero siempre te apoyamos.

Samuel: Te pregunté si te gusta mi cuerpo.

Alfredo: Tienes un cuerpo bonito, hijo. Siempre te has cuidado, eres vanidoso desde pequeño. Pero ahora debes cubrirte, te puede hacer daño. Ven, aléjate de esa esquina y deja que te cubra.

Samuel: Me gusta estar encuerado y brincar para ver cómo se tambalean mis pelotas. Pero me gusta más ver lo histérica que se pone mi mamá y tu rol de buen padre. ¿En verdad les preocupa lo que me pasa o es sólo la necesidad que tienen de sentirse tranquilos? Ya soy más alto y más fuerte que tú. Te apuesto a que no puedes alcanzarme. Me sé mover rápido, sobre todo cuando no llevo nada de ropa encima. Mis bolas se mueven, mira, no puedes alcanzarme, inténtalo.

Alfredo: ¿Estás tomando todo esto como un juego? ¿Te diviertes, Samuel?

Samuel: No sabes cuánto.

Alfredo: Deja de moverte. Vamos a hablar claro de una vez por todas.

Samuel: Si logras atraparme, lo haremos.

Alfredo: No me retes.

Samuel: Tengo muchas ganas de retarte, papá. Anda, muéstrame que eres rápido.

Alfredo: No voy a moverme de aquí. Pero si te agarro, voy a trozarte esas greñas y pienso atarte a la cama como hace dos semanas. Pero esta vez ya no te soltaré. Voy a dejarte ahí hasta que madures y dejes de fastidiarnos la existencia con tus actitudes. Si no fuera por tu madre, ya te habría metido a un psiquiátrico o una de esos lugares para drogadictos.

Samuel: No me aceptarían porque no estoy loco y tampoco me drogo. Simplemente tengo unas ganas impresionantes de fastidiar.

Alfredo: Pues esta vez, sí que me fastidiaste. Estaba a preparando mi carne. Pero no importa, vas a cansarte en algún momento. No puedes moverte así por mucho tiempo, y en cuanto te descuides, ya verás.

Samuel: Yo no me canso. Será mejor que sigas preparando tu carne y le digas a la vieja loca que se calme. Puedo estar horas corriendo desnudo sin que...

Alfredo: ¿Ya viste? Tenías que descuidarte. Y no tuve que moverme ni un paso. Te voy a dar unas nalgadas para que dejes de comportarte así.

Samuel: Suéltame.

Alfredo: Vas a aprender a comportarte. Ya no eres un niño para que hagas estas cosas. ¿Cuántos años tienes, eh? ¿Veinticinco, veintiocho?

Samuel: Deberías saberlo.

Alfredo: Tendrías que estar trabajando, tener una novia, al menos un hijo. Pero en vez de eso, te la pasas jugando y moviéndote como prostituta loca en tu habitación.

Mariana: Déjalo en paz.

Alfredo: ¿Qué haces aquí? Nadie te dio permiso de entrar.

Mariana: Por favor, déjame hablar con él.

Alfredo: Te he dicho que salgas. Mejor dile a tu madre que me traiga un buen lazo para amarrar a este cerdo.

Mariana: Alfredo, estoy hablando en serio.

Alfredo: Muy bien. Habla con él. Aunque no creo que consigas nada. De todos modos puedo volver a atraparlo si le da por seguir saltando. Voy a seguir preparando mi carne.

Alfredo sale. Samuel permanece inmóvil, tirado en el piso y desnudo.

Mariana: Yo digo que ya le pares. Creo que ya fue suficiente. No sólo los estás fastidiando a ellos, también a Francisco le empieza a afectar. Está más chavito y no creo que entienda lo que pasa.

Samuel: Déjame en paz.

Mariana: El otro día escuché que van a empezar a darte medicinas. Eso ya no me gusta. Siempre estaré de acuerdo con las decisiones que tomes, pero puede ser peligroso.

Samuel: Sabes que tengo que seguir. No puedo rendirme ahora. Debo seguir hasta el final.

Mariana: Pero a costa de qué. Mira, a fin de cuentas, es algo que ya pasó.

Samuel: Y eso no quiere decir que nos deje de fastidiar el resto de nuestras vidas. Quiero matarlos.

Mariana: Cálate.

Samuel: No me digas que tú no. Y si Francisco supiera, también querría hacerlo.

Mariana: ¿Y cómo lo harías?

Samuel: Ese es mi problema.

Mariana: Podría ayudarte.

Samuel: No te metas en esto. Tú debes cuidar a Francisco. Yo me encargo de enloquecerlos. Será mejor que te vayas.

Mariana: Ten cuidado con lo que haces.

Fausto: Hace apenas una semana que contraté el servicio y con usted ya van tres técnicos que revisan el sistema. Si usted no lo deja bien, voy a tener que cancelar mi cuenta.

Roberto: No entiendo qué es lo que pasa. Ya revisé las conexiones externas y parece que el receptor de señal funciona bien. Además la señal le llega perfecto.

Fausto: Si usted no entiende, yo menos. Le digo que la señal se va de repente. Para mi mala suerte, cuando ustedes vienen a revisar el equipo todo funciona bien.

Roberto: Pues yo no puedo hacer nada más. Si sigue teniendo problemas, llame de nuevo.

Fausto: Muy bien. ¿Cuánto le debo?

Roberto: Nada, sólo lo que quiera de propina.

Fausto: ¿Alguna vez le han sacado un estudio fotográfico?

Roberto: ¿Cómo?

Fausto: Que si alguna vez le han tomado una serie de fotografías profesionales.

Roberto: No, mire. Yo solamente me sacó fotos infantiles cuando me lo piden en algún trabajo o en las credenciales. Yo no necesito esas cosas.

Fausto: ¿Y no le gustaría que le sacaran uno?

Roberto: La verdad no. Hasta luego.

Fausto: Sería gratis y no le quitaría mucho tiempo. Mire, la verdad es que estoy preparando una exposición y necesito modelos.

Roberto: ¿Y qué tipo de fotos son?

Fausto: Sólo gente con los ojos cerrados. Todo tipo de gente. Empresarios, amas de casa, estudiantes, artistas, técnicos de televisión de paga.

Roberto: ¿Cuánto paga?

Fausto: Es un proyecto artístico. No tengo dinero. Pero le puedo entregar una copia de su foto cuando la tenga.

Roberto: ¿Y de que me sirve una foto mía con los ojos cerrados?

Fausto: ¿Se ha imaginado cómo se vería su cuerpo al morir?

Alfredo: ¿A qué hora va a venir tu madre a sentarse a la mesa? Mi filete se está enfriando.

Francisco: Está sentada en la mesa de la cocina.

Alfredo: Debe ser por lo de tu hermano. Voy por ella.

Alfredo sale.

Mariana: Aún no empieces.

Francisco: Es que ya tengo hambre. ¿A ti no te gustan los filetes de mi papá?

Mariana: Ya sabes que no como carne.

Francisco: Sí, ya sé. Pero antes de eso, los llegaste a probar, ¿no?

Mariana: Ya no recuerdo. Supongo que sí.

Francisco: Pues mientras mi papá siga preparando filetes, yo no podría ser vegetariano.

Mariana: Te voy a hacer una pregunta pero necesito que me jures que nunca vas a decirle a alguien que te pregunté esto.

Francisco: Lo juro.

Mariana: No. A ver. Debes pensarlo mejor. No se jura algo tan rápido. Tienes que estar seguro que vas a mantener ese juramento.

Francisco: Estoy seguro, ¿no me crees?

Mariana: Está bien, te creo.

Francisco: ¿Qué me vas a preguntar?

Mariana: Espera. Después de comer.

Alfredo se sienta a la mesa.

Alfredo: Vamos a comer. Su madre no se siente bien.

Mariana: ¿Qué le pasa?

Alfredo: ¿Tú qué crees?

Mariana: No tengo idea, por eso te estoy preguntando.

Alfredo: Se siente mal, eso es todo.

Alfredo corta un pedazo de su filete y se lo lleva a la boca. De inmediato lo escupe.

Francisco: ¿Qué pasa?

Alfredo: No comas eso. Algo salió mal. Todo es culpa de tu hermano.

Mariana: Ahora le echas la culpa hasta de que el filete salió mal.

Alfredo: No pude concentrarme. Lo estaba preparando cuando a Samuel se le ocurrió hacer otro de sus berrinchitos.

Mariana: Vete a la mierda, Alfredo. Ya no soporto más esto.

Alfredo: No me hables así. Siéntate. No te levantes. ¿De qué estás hablando? ¿Qué les pasa? De pronto todos están locos en esta familia. Nunca me habías hablado así. De pronto me insultas y me llamas Alfredo.

Mariana: Ese es tu nombre, ¿no?

Alfredo: Soy tu padre. Dime de una vez qué es lo que pasa.

Mariana: No voy a decirte nada. Tú lo sabes. Tú y ella lo saben.

Pausa.

Alfredo: Voy a ver a tu madre. Seguramente escuchó los gritos. Dame tu plato. Francisco, dame tu plato.

Alfredo sale.

Mariana: La pregunta... ¿Qué provocaría un profundo odio hacia tus padres?

Alfredo: Te digo que voy a hacerlo, mujer. Es por el bien de todos. Mañana saldremos temprano, hace un rato hablé con mi amigo Tomás. Me dice que está casi llegando a Pachuca. Pedí permiso en el trabajo, al supervisor no le gustó mucho la idea pero es necesario tomar cartas en el asunto. Mariana está empezando a salirse de control también. Pero ella es un poco manejable. Basta con sentarnos a hablar con ella y explicarle por qué lo hicimos. Debes dejar de llorar tanto, puedes enfermarte. Después de todo, siempre supimos que tarde o temprano llegarían a enterarse y debíamos estar preparados. Siempre hemos sido buenos padres con ellos, no pueden quejarse. Hicimos lo mejor que pudimos, nos respetaban, nos querían. Cometimos errores graves, Josefina, pero eso no quiere decir que seamos malos padres. No lo fuimos, mujer. Debes estar tranquila. No sé cómo se enteraron. No sé. Ahora no importa. ¿Sigues despierta, Josefina? Josefina. Creo que se acabó. Debo

tomar una decisión. Y tú te irás conmigo, mujer, los dos estamos metidos en esto y no me puedes dejar solo. Vamos a terminar con esto. Mañana terminará todo.

Roberto: Es el mismo. Mira, aquí está su nombre.

Mariana: ¿Estás seguro?

Roberto: Me explico cómo funciona todo. Cada periódico tiene su equipo de fotógrafos y se van con una ambulancia especial. Todos se reúnen en algún punto, desayunan y esperan los informes de la central. Ellos eligen. Cuando es un accidente menor, como lesionados o ataques de histeria deciden si van o no. Todo depende de la magnitud del accidente. Si no hay nada más interesante, van por la nota menor. Pero cuando encuentran cuerpos o hay un gran accidente, todos suben a la ambulancia y llegan al mismo tiempo. La ambulancia está bien identificada por la policía, así que cuando llega el equipo de fotógrafos se determina cuando y hasta donde pueden fotografiar. Él saca todas las fotografías que puede, con diferentes tomas. Desde las más discretas, hasta tomas más explícitas de los cadáveres. Después entrega el material y los de la editorial eligen con cuáles se quedan. Algunos fotógrafos tiran el material que es rechazado, pero Fausto guarda todo.

Mariana: Así que tiene más.

Roberto: ¿Del accidente? Sí, seguro. A mí me enseñó algunas de otras cosas, pero no me atreví a preguntarle si tenía las fotos de tu familia.

Mariana: Quiero verlo.

Roberto: No.

Mariana: ¿Entonces para qué vienes contarme todo esto? Sabías que iba a querer verlo.

Roberto: Pensé que ibas a odiarme y a pedirme que dejara de contarte esto.

Mariana: Pues ya ves que no. Dime dónde puedo encontrarlo.

Roberto: ¿Qué vas a hacer?

Mariana: Por favor.

Roberto: Has estado muy tensa estos días. No sé para qué quieres ver a este tipo y no puedo confiar en que sea para algo bueno. Tengo miedo de que quieras hacerle algo.

Mariana: ¿Y por qué querría hacerle algo?

Roberto: Yo odiaría al cabrón que tomó fotos de mi familia muerta y las publicó en un periódico.

Mariana: Es una idea ridícula. Imagínate cuánta gente tendría ganas de matar a esos tipos, no podrían vivir tranquilos. Te juro que no le haré nada. Sólo quiero hablar con él. Tengo preguntas que hacerle. Y sólo él puede aclararlas.

Roberto: ¿Qué clase de preguntas?

Mariana: No puedo tenerte tanta confianza. Has sido muy bueno conmigo...

Roberto: ¿Aún me quieres?

Mariana: Sabes que sí.

Roberto: A pesar de que descubrí... eso.

Mariana: Tú no tienes la culpa. Fue una casualidad. Si no hubiera sido por ti, jamás nos habríamos enterado.

Roberto: ¿Y por qué no volvemos?

Mariana: Ahora no. No es el momento. Te juro que esta es la última vez que te pido algo, es importante para mí verlo.

Roberto: Te voy a decir pero tendrás que aceptar que vaya contigo. Si quieres te espero afuera.

Mariana: Está bien.

Roberto: Y después, debes pensar en nosotros. Tienes que recuperarte y reestructurar tu vida. También debes considerar a Francisco, ahora son sólo ustedes dos.

Mariana: No me hables de eso. Ahora no puedo pensar. Ya habrá tiempo.

Alfredo: Espera. Vamos a descansar un poco.

Roberto: ¿Descansar?

Alfredo: Aún tenemos tiempo, este servicio fue rápido.

Roberto: Pero debemos dejar las cosas en el coche.

Alfredo: Déjalas aquí en el coche. No nos vamos a mover. Estoy cansado. Ya no tengo tanta energía como tú.

Roberto: Usted todavía aguanta.

Alfredo: No creas. Yo creo que el próximo año meto mi jubilación, no importa que me den una miseria, lo bueno es que mis hijos ya van saliendo.

Roberto: Yo creo que mejor voy a dejar las cosas al coche, si quiere usted quédese aquí.

Alfredo: ¿Te aburre mi conversación?

Roberto: No, como cree.

Alfredo: Bueno, pues, voy al grano. Todo esto de mi envejecimiento era un distractor. Te conozco bien y sé que eres un buen muchacho. Me da gusto que seas novio de mi hija.

Roberto: Gracias, señor. Yo la quiero mucho.

Alfredo: Cállate pues, ya lo sé, no necesitas decírmelo. Lo que quiero saber son tus intenciones con ella.

Roberto: ¿Cómo dice?

Alfredo: No te espantes. No quiero que te cases con ella todavía, aún son jóvenes y mi comentario no va por ese lado. Me refiero a que tu no eres de esos desgraciados que andan viendo con quién se acuestan y que sabe respetar a una muchacha como mi hija.

Roberto: Sí, señor.

Alfredo: Lo digo porque necesito saber si la querrías a pesar de todo. Por ejemplo, si te enteraras de que ella fue adoptada o...

Roberto: ¿Mariana es adoptada?

Alfredo: No seas imbécil, muchacho. Te digo que es un ejemplo. Mira, los hombres a veces somos un poco cerrados. Y por decir, yo no hubiera aceptado a mi mujer de haberme enterado de que ella ya no era virgen. Pero son otras ideas, ustedes ya están muy modernizados y no les importan ese tipo de cosas. ¿Tú querrías a Mariana sin importar lo que pasó?

Roberto: Es que no sé. Depende. Necesito saber algo más concreto. No sé por qué me está hablando sobre esto. Yo quiero a Mariana y creo que ella me quiere. Por el momento eso es lo que importa, pero usted me está diciendo cosas muy raras.

Alfredo: Mi intención no ha sido alarmarte. Es que venía pensando... Quiero que mis hijos estén bien. Su madre y yo nos hemos esforzado por educarlos correctamente... No me hagas caso.

Roberto: ¿Usted le hizo algo?

Alfredo: ¿Cómo qué?

Roberto: No sé. Algo.

Alfredo: He cometido errores, pero nunca algo tan grave. No vuelvas a decir eso, ¿me oíste?

Roberto: Discúlpeme, yo no quería...

Alfredo: Mejor nos vamos. No quiero que me dirijas la palabra en lo que resta del día.

Fausto: Tengo cientos de fotos así. Llevo más de cinco años trabajando en esto y ya no siento nada. Muy pocas cosas me impresionan. Tenía una crisis, ¿sabes? Es como si la pasión por el trabajo se hubiera agotado. Ya no podía más. Sé que tengo talento, en la escuela de Fotografía era de los mejores. Tenía grandes proyecciones, me imaginaba exponiendo en galerías del extranjero o siendo corresponsal de algún periódico importante. Fui preparado para hacer cosas bellas y eso quería. Pero aquí no puedes aspirar a eso, a menos de que tengas suerte. Somos muchos lentes buscando la mejor toma, el encuadre perfecto. Y terminé haciendo esto. Hasta que un día.

Roberto: Disculpe, me están llamando. Si, no he podido... Al principio no detectaba el problema de la unidad. Revisé las conexiones internas, luego las externas, la antena, pero todo parecía normal. Pero creo que el problema es la unidad de recepción... Sí, ya casi termino... No, no creo tardarme más de...

Fausto: Buenas tardes, ¿con quién hablo? ¿Cómo está, señor Jiménez? Soy la persona que reportó el problema y he recibido una excelente atención del técnico. Créame que no es su culpa, este asunto es un lío... Lo sé y espero que no sancione a este muchacho tan amable. Gracias por todo, un abrazo.

Roberto: Creo que tengo que irme.

Fausto: Deberías calmarte y tomar otra cerveza. Como te decía, mi crisis creativa iba de mal en peor hasta que fui a cubrir la nota de un fallecimiento. No había salido nada interesante ese día así que decidimos ir a ver qué pasaba. Cuando llegamos al lugar, efectivamente, la nota no era tan relevante como para aparecer en el periódico. Una muchacha de 20 años había muerto en su cama de repente. Me quedé viendo el cadáver unos momentos. Había ahí un contenedor de belleza impresionante. Después de ver tantas muertes violentas, esta era la excepción más hermosa. La muerte apacible. Parecía que dormía y que en cualquier momento despertaría. Estaba tan llena de vida aún. Saqué todas las fotos que pude antes de que el Ministerio Público me sacara de ahí. Llegué a casa lo más rápido que pude y empecé a revelarlas. Colgué todas las fotos en la pared y esa noche lloré sin parar. Desde entonces decidí empezar a fotografiar muertos en vida. Imaginé a todas las personas que veía con los ojos cerrados, como si estuvieran muertos. He vuelto, señor. Y tengo suficiente material como para montar una buena exposición. Una grande.

Roberto: ¿Y ya tiene lugar?

Fausto: Ese es otro tema. La gente busca otras cosas y los expositores no se arriesgan. Pero sé que encontraré a alguien inteligente y sensible. Estoy en eso, muchacho, estoy en eso.

Roberto: ¿Puedo ver más?

Fausto: Claro, las que quieras.

Roberto: No, de esas no. Me gustaría ver sangre.

Samuel: Esa es tu solución.

Alfredo: No hagas las cosas difíciles. ¿Crees que sea necesario amarrarte o te vas a comportar?

Samuel: ¿Mi mamá está de acuerdo?

Alfredo: Está esperando en el coche.

Samuel: Tú sabes por qué me comporto así.

Alfredo: No, la verdad no entiendo qué es lo que pasa. Pero estoy seguro que te va a ayudar mucho ir a ese lugar. Tendrás tiempo para analizar las cosas y recapacitar. Nosotros no te hemos hecho nada y no creo que nos merezcamos que tengas esa actitud. No podemos con esto, es demasiado duro para nosotros.

Samuel: En verdad quieres que te diga. Quieres escucharlo, quieres que le ponga nombre a eso.

Alfredo: Está bien. Creo que ya sé a qué te refieres. Fue hace muchos años.

Samuel: ¿Y qué? Mierda. ¿Cuándo pensabas decirnos? ¿Cuándo nuestros hijos vieran eso? ¿En qué pensaban?

Alfredo: Fueron tiempos difíciles. Tu madre y yo enloquecimos, estábamos desesperados, enfermos.

Samuel: Los siguen estando. Para ocultarnos algo así...

Alfredo: ¿Qué querías? ¿Qué los sentara en mi regazo y se los contara como si fuera un cuento de hadas? Y después pedirles perdón por haber sido tan malos. Nos habrían odiado.

Samuel: Los odiamos más de lo que te imaginas. Te habiérámos odiado de todos modos, pero al menos no nos habríamos enterado por otros medios.

Alfredo: En este lugar van a ayudarte, hijo. Van a hacerte entender de que nadie tiene la culpa y podrás perdonar.

Samuel: No voy a ir.

Alfredo: Debes entender.

Samuel: No te acerques.

Alfredo: Igual puedo pedir que vengan por ti. Y eso no sería bueno. Son tipos poco amables.

Samuel: Si pudiera los mataría.

Alfredo: No digas eso.

Samuel: Mejor deja eso.

Alfredo: Hazlo por tus hermanos, por nuestra familia. Tal vez después mandemos a tu hermana. Te aseguro que será provechoso para todos.

Samuel: Esta vez no voy a descuidarme. Será mejor que te alejes.

Francisco: ¿Qué pasa, papá?

Alfredo: Vete a dormir.

Samuel: Francisco. Mi papá va a decirte algo.

Alfredo: Vuelve a tu cama.

Samuel: Díselo y voy contigo, papá. Quiero que le digas por qué estoy así.

Alfredo: Estás enfermo, Samuel. No sabes lo que dices.

Francisco: ¿Qué vas a hacer, papá?

Alfredo: Tengo que llevar a Samuel a un clínica. Es por su bien, hijo.

Samuel: No le creas nada. Es un cabrón, Francisco.

Alfredo: ¿Vas a ayudarme, Francisco? Sólo hay que atarle las manos y los pies.

Francisco: No sé que está pasando.

Alfredo: Tú eres fuerte, hijo. Tienes que entender que es por el bien de tu hermano.

Samuel: No lo hagas, Francisco. Dile que te explique lo que pasa.

Pausa.

Francisco: Tienes que ir, hermano. Vas a estar bien.

Samuel: ¿Tú crees que tengo que ir? ¿Lo crees, Francisco?

Francisco: No quiero amarrarte, Samuel. Ve con mi papá.

Samuel accede y sale delante de Alfredo.

Roberto: No sé cómo decírtelo.

Mariana: Dímelo y ya.

Roberto: Es difícil.

Mariana: Ya. Dilo.

Roberto: Encontré algo. Te quiero, Mariana. Te juro que no me importa nada y debes saber que te apoyo y aquí voy a estar.

Mariana: Roberto, no te entiendo nada. Dime de una vez.

Roberto: Es un video.

Mariana: ¿Qué clase de video?

Roberto: Tal vez sería mejor que te contara cómo lo encontré.

Mariana: Es que te juro que no encuentro relación con nada de lo que me dices y me estás desesperando.

Roberto: En la imagen hay dos niños. Un niño y una niña. El niño es mayor que la niña, pero se ven casi de la misma edad. Están desnudos. Hay una mujer que masturba al niño frente a la cámara. Un hombre toca el sexo de la niña. Jamás se ven las caras de los adultos. Las de los niños sí. Mierda, ya no puedo.

Mariana: Lo que dices es asqueroso. ¿Te gusta la pornografía infantil?

Roberto: No. No me estás entendiendo. Tal vez sería mejor que me callara.

Mariana: A ver, cálmate. Respira. Enséñame el video.

Roberto: Imposible.

Mariana: Tal vez si me lo enseñas, podré entenderte.

Roberto: El niño es Samuel y la niña eres tú.

Samuel: La carretera está despejada. Mi padre viene hablando de no sé qué con mi madre. Ella no habla. Veo a través de la ventana, un feo paisaje. Todo me parece feo.

Mariana: No sé. Tal vez haga un lindo día. Tú que sabes.

Samuel: Será un mal día, lo presiento. Después, mi madre abre la boca para decirle a mi padre que se calle. Es lo único que le escucho decir en todo el camino. Todo el tiempo voy tocando la punta del cuchillo, la yema de mis dedos está rasgada. Busco el momento y el lugar adecuado. Espero.

Mariana: No esperes mucho, no sabes qué tan lejos está el lugar a donde quieren llevarte.

Samuel: El resto del viaje es silencioso.

Mariana: ¿Cómo lo vas a hacer? ¿Quién será el primero?

Samuel: Hay una parte donde hay árboles. Perfecta para adentrarme y esconder el crimen. Le pido a mi padre que se detenga. Tengo náuseas, necesito aire. Él se detiene, me bajo rápido, empiezo a correr. Mi padre va detrás de mí. Cuando estoy entre los árboles, me escondo detrás de uno de ellos y espero a que mi padre pase por ahí. Le clavo el cuchillo justo en la garganta. Lo veo retorcerse...

Mariana: Trata de gritar.

Samuel: Poco a poco va cediendo. Veo sus ojos. Le escupo. Deja de moverse. Corro hacia el auto. Mi madre me ve aterrada cuando me acerco. Trata de escapar pero le doy alcance. De un tajo le corto el cuello.

Mariana: ¿También en el cuello? A ella dale en el corazón.

Samuel: En el corazón entonces. En ese caso, lo hago varias veces. Clavo una y otra vez el cuchillo en el pecho. Hasta que se acaba. No me queda más que correr. Voy a correr todo lo que pueda.

Mariana: No es necesario. Puedo ir detrás de ti, le pediré a Roberto que me lleve en su camioneta.

Samuel: Bueno, tal vez sería más cómodo subir a una camioneta de servicio técnico de cable, pero prefiero correr. Correr y gritar mucho después de hacerlo. Sentir que nos hemos liberado.

Mariana: Yo quiero ser parte de eso.

Samuel: No. Tú tienes que quedarte con Francisco. No quiero que te involucren en nada. Todo lo haré yo. ¿Entendiste?

Mariana: Tengo miedo.

Samuel: Saldrá bien.

Mariana: Él es más fuerte.

Samuel: ¿Estás segura que lo harán mañana?

Mariana: Saldrán mañana temprano, eso le dijo Alfredo.

Samuel: Tú dormirás, no puedes levantarte. Es una buena oportunidad y todo será como te he dicho.

Mariana: Estaré en mi cama repitiéndolo. Todo el tiempo. Hasta que me llamen por teléfono y me digan que están muertos.

Samuel: Entonces, repasémoslo otra vez. La carretera está vacía. Mi padre viene hablando de no sé qué...

Mariana: El paisaje es feo. Todo te parece feo.

Fausto: ¿Cómo te llamas?

Mariana: Me han dicho que puede sacarme un estudio.

Fausto: ¿Quién te dijo?

Mariana: Me llamo Mariana.

Fausto: Sí, puedo hacerte un estudio, Mariana.

Mariana: Pero me dijeron que es gratis.

Fausto: ¿Quién te ha dicho todo eso?

Mariana: No importa, ¿lo puede hacer o no?

Fausto: Está bien. Haremos algo especial. Acuéstate en el piso.

Mariana: ¿En el piso?

Fausto: Sí, por favor. Está limpio. Apenas hicieron la limpieza.

Mariana: Siempre entra la gente tan fácil a su casa.

Fausto: No. Bueno, la mayoría de las veces.

Mariana: Tiene demasiada confianza. Eso es malo.

Fausto: Busco que la gente llegue así como tú y me pida que le saque fotos.

Esa es la razón. Relájate y cierra los ojos.

Mariana: Estoy nerviosa. No puedo relajarme.

Fausto: Entonces no creo que funcione.

Mariana: Necesito algo para beber. ¿Puede ofrecerme algo?

Fausto: Claro.

Mariana: Una cerveza.

Fausto: Se me terminaron. ¿Te gusta el whisky?

Mariana: Muy fuerte. Déjelo así. Quiero ver fotos.

Fausto: ¿Qué tipo de fotos?

Mariana: Su trabajo. Me gustaría ver lo que hace.

Fausto: Claro. Mira, tengo este álbum. Es más o menos lo que me gustaría hacer contigo.

Mariana: Todos tienen los ojos cerrados. ¿Por qué?

Fausto: Es mi proyecto. Sobre la muerte en vida.

Mariana: No entiendo.

Fausto: Es la esencia. Estas personas parecen muertas pero aún conservan su esencia, está ahí. Es lo que ya no tiene un cadáver. Lo que no podemos ver, está aquí.

Mariana: Pero sólo tienen los ojos cerrados. No hay gran diferencia. Es como si estuvieran dormidos. No muertos. Yo creo que no sirve.

Fausto: ¿Qué dices?

Mariana: Me parece que pierde el tiempo. Es más interesante ver cadáveres. Eso sí me gusta.

Fausto: Creo que no me entiendes.

Mariana: Y yo digo que sí entiendo. No me causa ningún interés ver la foto de alguien dormido. Me gusta ver los ojos. Dicen más cosas que los párpados.

Fausto: Entonces será mejor que te vayas.

Mariana: ¿Por qué?

Fausto: Vienes a tocar a mi puerta y pedirme cerveza. Criticas un trabajo que no entiendes y ni siquiera sé quién eres ni quien te mandó.

Mariana: Siento haber sido tan brusca. Creo que me expresé mal. Me interesa todo esto. Te digo que estoy un poco nerviosa ¿te puedo hablar de tú?

Fausto: Sí. No hay problema. Relájate, toma tu tiempo y avísame cuando estés lista.

Mariana: Creo que será mejor que hable claro.

Fausto: Sí. Mejor dime qué quieres. Ya me pusiste nervioso.

Mariana: Toma un whisky y relájate. No voy a hacerte nada.

Fausto: Eso espero.

Mariana: Me interesa lo que haces, pero vengo por otro asunto. El domingo hubo un accidente. Tú sacaste las fotos y necesito verlas.

Fausto: Saco muchas fotos...

Mariana: Un autobús y un auto. Murieron siete y publicaron fotos de los que murieron en el auto. Eran mis padres y mi hermano.

Fausto: Lo siento.

Mariana: No lo sientas. Es tu trabajo.

Fausto: Creo que no es buena idea que las veas.

Mariana: Es más la curiosidad que el dolor. Estoy preparada para enfrentarlo. Dime, ¿qué sientes?

Fausto: ¿Con qué?

Mariana: Cuando sacas esas fotos.

Fausto: Nada. Al principio me impactaba mucho. Pero... No sé qué decirte. Tal vez suene un poco cruel, nunca he tenido frente a mí al familiar de alguna persona que fotografié, pero te juro que no siento nada. Es como si sacara fotos a cualquier cosa.

Mariana: ¿Y nunca te preguntas qué fue lo que pensaba esa persona antes de morir? ¿Cuál fue su última palabra? Un grito, una frase, algo. ¿De dónde venía?

Fausto: No. Nada. Sólo saco las fotos y me voy.

Mariana: Enséñamelas.

Fausto: Están en la máquina. ¿Segura que quieres verlas?

Mariana: Segura.

Fausto: Ahora vuelvo.

Mariana: Algo salió mal, Samuel. La carretera estaba vacía. Mi padre le iba diciendo no sé qué a mi madre. El paisaje era feo. Todo feo. ¿Y luego qué, Samuel? ¿Por qué lo hiciste?

Fausto: ¿Me hablabas?

Mariana: No. Estaba pensando. Tengo muchas dudas.

Fausto: Sería más fácil que fueras a preguntar al Ministerio Público.

Mariana: Muéstramelas.

Fausto: Son todas estas. Te dejo sola si quieres.

Mariana: No. Quiero que me digas lo que viste. Los detalles que recuerdes.

Fausto: Será difícil.

Mariana: Has un esfuerzo.

Fausto: Bueno, ese es el carro desde atrás. En esa se ve el frente pero aún no se distinguen los cuerpos, está muy lejos. El señor de acá, tu padre, fue el que salió menos lesionado, pero no sobrevivió. Dijeron que aún estaba consciente cuando llegó la ambulancia...

Alfredo: Llevo viéndolo por el retrovisor todo el camino. No le despego la mirada. Está planeando algo. Debí registrarlo cuando lo amarré. Josefina está muy nerviosa. Me ha pedido dos veces que me detenga y regresemos, pero ella sabe que no va a ser así. Todo va a acabar muy pronto, no te preocupes, le digo. No despego la mirada del espejo. Es necesario que no sospeche nada. Ya casi es hora así que empiezo a hablarle. Nunca pensamos que irían a enterarse. Las cosas fueron así, se nos presentó la oportunidad y la tomamos. Fue una mala decisión, de lo contrario no estaríamos aquí, hijo. Pero en ese momento creímos que era buena idea. Aún eran muy chicos, ni siquiera te acuerdas. En ese tiempo había un boom de pornografía infantil. Todos querían ver niños copulando. Y conocí a este tipo, era brasileño, ¿o haitiano? ¿Te acuerdas, Josefina? Bueno, el caso es que no hablaba mucho español. Los conoció, a ti y a tu hermana en la fiesta de uno de sus hijos. Al hombre le costó trabajo proponerme el asunto. Al principio me enojé. Fue un insulto para mí el hecho de que pensara siquiera en proponérmelo. Pero lo hablé con tu madre y a ella le gustó la idea. No llores, Josefina. Eran los ochentas, otros tiempos. ¿Y qué más te puedo decir? Accedimos a ser nosotros los adultos que aparecieran ahí, no dejamos que nadie más los tocara. Nos pagaron bien. ¿Crees que hubiera podido pagar la escuela de los tres con mi sueldo de técnico? Tuvo sus ventajas. Pero en cuanto iban creciendo, supimos que si ustedes llegaban a enterarse, sería muy duro, no lo entenderían. Y no te estoy pidiendo que lo hagas, ni que nos perdones. Pensamos que nunca pasaría algo así, pero pasó. Dejo de hablar porque Samuel está muy alterado. Patalea y trata de zafarse. Grita palabrotas que jamás imaginé que me las diría. Ni a mí ni a su madre. Tengo que terminar rápido con esto. Me acerco a un tramo en el que se

reducen los carriles y no hay nada que nos separe del carril contrario. Meto el acelerador y busco mi objetivo. Un autobús negro viene a buena velocidad. Volteo a ver rápido a ver a Josefina, está aterrada. Cuando volteo a ver el camino, giro el volante a la izquierda y...

Fausto: Te dije que no era buena idea que las vieras.

Mariana: Él lo hizo, el hijo de puta lo provocó. El puto cobarde lo hizo...

Fausto: Mariana, no estamos seguros. Tal vez fue una falla mecánica...

Mariana: No. Todo el tiempo lo supo. Tenía la intención, él lo sabía.

Fausto: Piensa que no fue así. Hay otras posibilidades.

Mariana: Él estaba amarrado. No pudo hacer nada.

Fausto: Necesitas calmarte. Vamos a olvidar todo esto. Fue un accidente. Eso es todo. Ya no están aquí, pero tu sí. Tienes que olvidar, Mariana. Pasar a otra cosa.

Mariana: Lo siento. Tengo que irme. Voy a... Necesito aire.

Fausto: No puedes irte así. Acuéstate en el piso.

Mariana: Discúlpame, es un mal momento para posar.

Fausto: Es el mejor momento. Acuéstate.

Mariana: Estoy cansada.

Fausto: Lo sé. ¿Obtuviste lo que querías? ¿Tienes las respuestas que buscabas?

Mariana: Creo que sí. No era lo que esperaba, pero creo que ya está muy claro.

Fausto: Yo no. Ni siquiera sé si estoy buscando respuestas. Ni siquiera sé si tengo preguntas. Cierra los ojos. Relaja los brazos. Respira.

Mariana: ¿Parezco muerta?

Fausto: Los muertos no hablan. Recuerda algo. Piensa en alguien. Algo que te haga feliz. Un día de compras, el primer beso, un regalo. Así me gusta. Sigue pensando en eso. Saldrán unas lindas fotos. No dejes de pensar...

Mariana permanece acostada con los ojos cerrados mientras Fausto saca las fotografías. Poco a poco un cenital alumbrará solo a Mariana mientras se escucha lo siguiente.

Voz de Samuel en off: Estoy corriendo y gritando. Tengo la garganta seca y sangre en las manos, pero estoy corriendo. No sé a donde voy a ir, no sé siquiera donde estoy. El lugar sigue siendo oscuro, feo, pero voy corriendo. Eso significa mucho y no pienso detenerme. Estoy corriendo y gritando, corriendo y gritando...

Berlin, Leibnizstr. Marzo de 2009